



# CUENTOS DE TERROR

VOLUMEN 2

---

## SCARE STREET

# **Cuentos de terror**

## **volumen 2**

Escrito por Ron Ripley, Rowan Rook, y Sara Clancy  
Traducido por Matias Presta  
Editado por J. Andrés Parra

Copyright © 2020 por ScareStreet.com

Todos los derechos reservados. Este libro o cualquier parte del mismo no se puede reproducir ni utilizar de ninguna manera sin el permiso por escrito del editor, excepto para el uso de citas breves en una reseña del libro.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, o eventos reales es pura coincidencia.

## ¡Gracias e Historias Extra!

Nos gustaría tomarnos un momento para agradecerte por tu continuo apoyo. ¡Tú haces todo esto posible! Para mostrarte realmente nuestro aprecio por descargar este libro, estamos regalando algunas de nuestras historias de terror. **¡Nos encantaría enviarte algunas historias de terror completas en 3 formatos (MOBI, EPUB y PDF) absolutamente gratis!** ¡Esto seguramente hará que los escalofríos recorran tu columna vertebral!

Descarga tus historias de terror, obtén relatos cortos gratis y recibe futuros descuentos visitando [www.ScareStreet.com/regalo](http://www.ScareStreet.com/regalo)

Nos vemos en las sombras,  
El Equipo de Scare Street

## Índice

[Huyendo de la lluvia Por Rowan Rook](#)

[El funeral de Sam Butler Por Ron Ripley](#)

[Estadía nocturna Por Sara Clancy](#)

[¡Historias extra GRATIS!](#)

# Huyendo de la lluvia

Por Rowan Rook

*Mecido en la cuna de las profundidades,*

La canción hizo eco en la mente de Trevor mientras se hundía. Con la piel ya adormecida por el agua helada, se sentía como si estuviera cayendo por el aire. No tenía mejores posibilidades nadando de las que hubiera tenido volando. Toda su vida, había hecho todo lo posible. Había sacado buenas notas, escuchado a sus padres, le gustaba estudiar nuevos temas. Lo único que nunca había podido hacer había sido aprender a nadar. Sabía que debía intentarlo, pero su cuerpo estaba tan congelado por dentro como por fuera. Todo lo que pudo hacer fue estirar una pequeña mano hacia el último fragmento de luz de la superficie mientras el negro océano lo tragaba.

*Me acuesto en paz para dormir;*

La canción se hizo más fuerte en su cabeza, creciendo en el silencio dentro de sus ahogados oídos. —Rocked in the Cradle of the Deep” de Emma Hart Willard, tan claro como si su madre estuviera allí cantándosela mientras se balanceaban en su mecedora. En ese entonces, había sido demasiado joven para decirle que le daba miedo en lugar de calmarlo. A veces culpaba a la canción de cuna de darle pesadillas, y a veces, culpaba a las pesadillas por no aprender a nadar. Tal vez esto también era solo una pesadilla. Tal vez no se había caído del muelle. Después de todo, él era un buen muchacho. No habría sido lo suficientemente imprudente como para correr a lo largo de la orilla... ¿o sí? Ya no podía recordarlo. Sus pensamientos se nublaron y se debilitaron, como si el agua estuviera inundando incluso el interior de su mente.

*Seguro descanso sobre la ola,*

El dolor se hinchó en su pecho, sus pulmones clamaban por aire y su congelado instinto regresó para luchar. Sus extremidades se agitaron como si fuera electricidad inundándolo, en lugar de agua. Las burbujas, apenas visibles en las partículas filtradas de luz solar, lo abandonaban mientras huían hacia la superficie.

Su corazón golpeaba contra su pecho ardiente.

Pronto, ya no habría más luz, nunca. La oscuridad se lo tragaría por completo. Nunca comenzaría el quinto grado, nunca jugaría el próximo juego de *Pokémon*, nunca podría crecer. Flotaría, muerto, hacia el fondo del mar. Los peces le mordisquearían los dedos de los pies, de las manos y los ojos. Finalmente, el lodo y las algas enterrarían sus huesos. Consumido. Perdido. Olvidado.

Gritó, lo que le quedaba de aire se convirtió en burbujas que lo abandonaron.

*¡Porque tú, Señor! Tienes el poder para salvar.*

*Sálvame*, suplicó con todo su ser cuando su visión se volvió tan oscura como el océano. Lo último que vio fue una salpicadura distante desde muy arriba, enviando estremecimientos de luz como si fueran astillas de vidrio.

*Sálvame...*

\*\*\*

—Mierda. —Las manos de Trevor temblaron mientras intentaba utilizar nuevamente la llave. El auto también se sacudió, gorgoteando y escupiendo como algo salido de sus sueños sobre el ahogamiento. El vehículo se sofocó y se quedó en silencio al costado del camino—. ¡Ahora no, ahora no, ahora no! —Le tomó toda su moderación no golpear sus puños contra el volante.

No podía tener tan mala suerte. Que los meteorólogos estuvieran equivocados acerca de la tormenta llegando a Las Vegas ya era bastante malo. Su auto no podía elegir *este momento* para averiarse.

Trevor lo intentó de nuevo, apretando los dientes.

El auto ni siquiera lo honró con un sonido.

*Muerto.*

Se dejó caer en su asiento y, después de tragar, se atrevió a mirar por el parabrisas. El cielo era gris, ondulante con hebras de sol intercaladas con mechones negros y húmedos. La lluvia estaría allí pronto. Lo... atraparía. Se frotó las manos temblorosas e intentó no llorar. No había dejado que la lluvia lo alcanzara en años. Había olvidado lo que se sentía notar las agujas en su piel, jadear por oxígeno, oír la llamada. Durante los secos días de verano, a veces trataba de convencerse de que simplemente estaba loco, que lo había inventado todo. Una ilusión provocada por un trauma,

como insistía su terapeuta. Pero ahora, cuando el aire húmedo se colaba por la ventilación, un corrientazo hizo erizar los pelos de su cuello.

Debería haber hecho caso a su primer instinto y dejar Las Vegas cuando incluso la posibilidad de lluvia apareció en las noticias. Los meteorólogos parecían muy seguros de que permanecerían secos, pero la noche anterior había sido la primera vez que había soñado con el momento en que casi se había ahogado en mucho tiempo, siempre un mal presagio.

El recuerdo, la oscuridad, el frío, la canción de cuna, se reprodujeron en su cuerpo. Se había caído del muelle durante la fiesta de cumpleaños de un primo en la playa y para cuando su tío lo sacó del agua, ya estaba inconsciente. Los equipos de respuesta a emergencias lo declararon muerto inmediatamente. Sus padres llamaron a la forma en que volvió a la vida, escupiendo agua y gritos mientras lloraban sobre su cuerpo, un milagro.

Durante un tiempo, él también lo consideró un milagro. Pero nunca recuperó su vida, en realidad no. La primera vez que había ido solo al baño y se había lavado las manos, la presencia de agua parecía venir con susurros y de solo entrar en contacto con su piel lo sumergía en la sensación de estar ahogándose. Una gota era suficiente para que sus pulmones sintieran dolor por el aire que de repente no tenían. Al principio, él y los médicos pensaron que se trataba de alucinaciones, todo dentro de su cabeza, pero cuando sus padres lo encontraron desmayado en la ducha, había más agua en sus pulmones de la que podía haber tragado y su recuerdo de los últimos minutos fue reemplazado por un espacio en blanco de terror, todos comenzaron a tomar su nueva fobia un poco más en serio.

Dejó de bañarse, limpiándose solo con trapos y jabón y se lavaba las manos con desinfectante, evitando el agua corriente o cualquier cuerpo de agua más grande que la taza de un retrete. Incluso dejó de beberla, resguardando celosamente un suministro de refrescos y cajas de jugo. La lluvia, sin embargo... la lluvia era lo peor. Cada gota picaba su piel, y la visión de ella borrando el mundo a través de las ventanas oprimía el oxígeno de su pecho. A veces, oía la voz, extrañamente familiar, mientras tarareaba esa conocida canción. Durante horas, tosía agua que no había tragado. Su padre se fue después de la primera tormenta, murmurando algo acerca de demonios después de una discusión con su esposa, estando borracho. Trevor y su madre hicieron las maletas y se mudaron a Las Vegas, la ciudad más seca de los EE.UU. Siempre que los meteorólogos



predecían lluvia, se iban, adentrándose en el desierto o donde sea que los mapas meteorológicos prometieran que encontrarían cielos despejados. Incluso después de que el cáncer se llevó a su madre, Trevor continuó huyendo de la lluvia.

Nunca podría tener un trabajo estable. Nunca podría tener una novia o una familia. Nunca podría vivir una vida normal. No cuando el informe meteorológico de una noche determinada podría hacerlo huir por su vida, o al menos, por su cordura.

Esta vez, no se había ido lo suficientemente pronto. Había puesto demasiada confianza en el pronóstico en lugar de sus propios y perfeccionados instintos. Aún lo habría logrado si su auto no hubiera...

La primera gota de lluvia alcanzó el parabrisas con un pequeño golpe.

El aire brotó de sus pulmones como si le hubieran golpeado el pecho con una flecha.

Pasaron unos segundos mientras observaba la vista desconocida, el agua formaba un rastro por su ventana como una araña construyendo una red.

—*Sé que no menospreciarás mi llamada* —susurró una voz como si estuviera a su lado, retumbando como el océano.

La adrenalina se disparó a través de él mientras giraba hacia el asiento del pasajero. Vacío. Una gota de agua se filtró por el techo y tocó el piso del vehículo.

—*Porque tú simbolizas la caída del gorrión* —la canción llenó el automóvil.

Trevor abrió la puerta y salió hacia la lluvia. Se subió la capucha y corrió. Cada gota que tocaba su piel ardía como fuego y dejaba rastros de vapor.

*Y tranquilo y pacífico dormiré*, su mente cantaba compulsivamente.

Sus músculos se movían como el lodo mientras luchaba por respirar. La presión se hinchaba en su pecho con cada paso. Si no podía escapar de la lluvia, necesitaba encontrar refugio—algún lugar donde no gotee, donde pueda cerrar las persianas y los ojos y pretender que esto era solo otra pesadilla.

*Mecido en la cuna de las profundidades.*

\*\*\*

—¿Está bien? —El empleado del motel se echó hacia atrás, sorprendido, parado sobre sus talones como si estuviera dividido entre correr para ayudar o agacharse detrás de su escritorio. —¿Señor?

Trevor tosió otro trago de agua sobre la alfombra. Apartó la vista rápidamente e intentó utilizar su voz con la garganta dolorida. —Necesito una habitación —consiguió decir.

—Emm —el empleado parpadeó, sus propias palabras salieron con fuerza—. No tendremos ninguna lista hasta dentro de algunas horas. Es demasiado temprano. Todavía no han sido limpiadas.

—Está bien —Trevor luchó contra el impulso de escupir otro chorro de agua en el suelo. Cuando tragó, sintió el gusto de la sal—. Solo deme una habitación. Mi vehículo se averió. Pagaré extra.

El empleado cedió con un suspiro, levantándose los lentes. —Entonces, vaya a la habitación 4. Son \$87 la noche.

Trevor se atrevió a echar un vistazo a la ventana mientras buscaba su billetera. Las gotas de lluvia empañaron el vidrio entre las cortinas rojas del vestíbulo del motel.

—*Cuando en la oscuridad de la noche descanso* —cantaba la voz.

El mundo se borroneaba en los bordes.

—¿Señor?

Trevor se sobresaltó al encontrarse de golpe con el empleado de rostro pálido. La llave de una habitación estaba en el escritorio frente a él. Sus dedos temblaron mientras la tomaba y el poco orgullo que le quedaba se marchitó cuando forzó una sonrisa. —¿Me acompañaría?

El empleado volvió a parpadear. —Está justo en frente. La encontrará.

El terror ante la idea de regresar a la tormenta presionó el estómago de Trevor. —¿No podría mostrarme? ¿Por favor?

A veces, con alguien con quien hablar, la voz era más difícil de oír.

\*\*\*

Trevor se sentó solo en la cama del motel mientras la lluvia golpeaba el techo. Qué sonido tan extraño y desagradable—innumerables pequeños latidos. Era difícil para él creer que la mayoría de la gente ignoraba la lluvia o incluso la encontraba agradable. Se sacó camisa, dejando una mancha húmeda en el suelo.

Al menos quitarse el agua de encima parecía ayudar. Al llegar a la pequeña habitación del hotel, solo una sala de estar apenas lo suficientemente grande para incluir una cama y un baño delgado junto a la puerta, había revisado todas las ventanas para asegurarse de que estuvieran cerradas y cerró también las cortinas. El grifo había estado goteando, pero se había detenido después de que apretó los mangos con fuerza. Envolvió su abrigo húmedo en una toalla y lo dejó en el piso del baño. Se había olvidado de agarrar la maleta con ropa del auto, pero, afortunadamente, su chaqueta había sido suficiente y había mantenido su ropa casi seca. A fin de cuentas, mientras pudiera ahogar la voz, entonces tal vez podría esperar a que dejara de llover. Solo deseaba haber logrado persuadir al empleado a que se quedara un poco más, pero el hombre parecía sentir la tensión de Trevor y estaba demasiado ansioso por volver a la seguridad de su escritorio, como si una parte de él sintiera que la lluvia no era segura, en absoluto.

—*Y contemplar el cielo sin huellas.*

Trevor se puso rígido, sus ojos se posaron en las cortinas cerradas de la ventana.

—*El pergamino celestial cubierto de estrellas.*

—Ignóralo —se dijo en voz alta, incluso mientras la parte ansiosa de su mente—la parte que quería dejar de correr y terminar con esto, sea lo que fuera—ansiaba cantar al ritmo de la canción.

—*Las aguas infinitas mientras ruedan...*

Trevor encendió la televisión. Se retorció mientras vio algunas historias sobre las tarifas de las escuelas y los deportes locales, apenas podía escuchar a los presentadores de noticias por encima de los chirriantes golpes de su pecho. Pronunció una silenciosa plegaria cuando llegó lo que había estado esperando: el pronóstico.

—Espere lluvias dispersas durante la noche —dijo el meteorólogo. — Para el viaje de la mañana, lo peor de la tormenta debería haber pasado y veremos rayos de sol temporales. Nos esperan un par de días húmedos, pero este es el primer evento real del clima de la temporada, por lo que al menos nuestros jardines.

El volumen se cortó cuando las luces parpadearon.

—*Siento tu maravilloso poder para salvar* —llenó el silencio.

La piel de gallina se erizó a través de la piel de Trevor.

—No te cortes —le suplicó a la energía.

La electricidad se quejó con otra oleada. Esta vez, el mundo se quedó a oscuras. Oscuro como el fondo del mar.

Una gota de agua, de dónde, no podía saberlo, golpeó las mejillas sonrojadas de Trevor. Los escalofríos se extendieron como grietas en su rostro. Dejó un rastro frío mientras descendía y goteaba de su barbilla como una lágrima.

Su lengua articuló la siguiente línea por sí sola: —De los peligros de la ola tormentosa.

Las tuberías se estremecieron y chirriaron en las paredes. Las gotas de lluvia se arrojaron hacia las ventanas hasta que sus golpes se fusionaron en un solo rugido incesante. El sonido del agua salpicando sobre la porcelana resonó desde el baño—desde la bañera.

Trevor cerró los ojos y se mordió la lengua para evitar cantar la letra. Esto no era posible. Una tormenta no podría, no saldría por la tubería, no de esta manera. Todo era demasiado intencional, demasiado adaptado a sus propios miedos. Tenía que ser una pesadilla, después de todo.

Pero el dolor ardiente en sus pulmones, dolor real, significaba que no era así.

Contó desde cuatro hacia atrás una y otra vez en su cabeza, tratando de sincronizar su cerebro al ritmo de los números en lugar del ruido de la lluvia—muy parecido al ruido subacuático del mar—y tratando de convencerse de que aún podía respirar. El líquido se sacudió en su pecho con cada jadeo de aire salado.

*—Mecido en la cuna de las profundidades, descanso con calma y duermo profundamente.*

El agua fría le tocó los dedos de los pies. Sus ojos se abrieron de golpe y trató de gritar, escupiendo tos ácida. Imposible. No sabía por cuánto tiempo había estado contando en su cabeza, pero no pudo haber sido suficiente para que saliera agua del baño. También se había filtrado por debajo de la puerta principal, y las pérdidas del techo se vertieron en riachuelos frescos y ondulantes. El suelo estaba inundado. Su superficie resbaladiza brillaba con la tenue luz que aún atravesaba las cortinas.

El palpitante corazón de Trevor casi destruyó su conciencia. Se tambaleó en la cama, la adrenalina en su cuerpo gritaba y se debatía entre la lucha o la huida.

*—Quédate* —dijo la voz.

Los escalofríos electrificaron la columna de Trevor. De alguna manera, la voz era mucho peor sin la letra de la canción. Casi sonaba como la suya propia, más profunda y húmeda.

—*Ven a dormir; ahora.*

Dormir. Si tan solo fuera tan fácil como quedarse dormido. Si tan solo ahogarse no doliera. Si así fuera, la negrura sería casi como una manta, el balanceo de las olas como una cuna. Podría derrumbarse sobre la almohada y simplemente alejarse flotando.

—*Deja de correr; descansa.*

*Deja de correr...*

Como si tuviera la opción de correr. Su cama se había convertido en una isla, y pronto, no sería nada dentro de la creciente inundación. Sus ojos se posaron en la puerta principal, su pomo húmedo brillaba como las ondas. No podía escapar, no sin pasar por el agua.

Se inclinó cuando una tos lo sacudió, el agua brotaba de sus pulmones y salpicaba hacia el resto de la marea. La superficie debajo de él parecía tan oscura como el océano por la noche. Pero no podría ser tan interminable. Incluso si esto no fuera la realidad, no podría serlo, aún no había llegado a la parte superior de la cama. Él... aún podía caminar a través del agua. No tendría que nadar, todavía no, no si se apresuraba.

Su interior retrocedió ante la idea de tocar el agua, de dejar que le chupara las piernas y adormeciera su piel. La voz tenía razón: no podía seguir corriendo. Su única otra opción era rendirse.

*Sálvame*, un niño ahogándose una vez le había suplicado al Universo.

Y el Universo había respondido.

—Y tal es la confianza que aún es mía. —Trevor balanceó sus piernas hacia el agua. El hielo salpicó y ardió en sus mejillas. El vértigo palpitaba en su nuca. No había sentido el suave y extraño toque del líquido en tanto tiempo. Parecía pegársele, extendiéndose dentro a través de los entumecidos hormigueos que se filtraban a través de su piel y sus huesos, como si nunca fueran a soltarlo. —Aunque los vientos tormentosos barran el agua de mar —cantó, dejando que su propia voz sonara más fuerte que la que estaba detrás de él. La inundación se agitaba con cada paso que daba, retrocediendo antes de embestir hacia él como una marea. La canción sonó mientras la presión exprimía aún más su pecho—. O aunque sientas el aliento ardiente de la tempestad.

—*¡Quédate!* —La orden hizo que el agua vibrara alrededor de sus tobillos. —*Duerme.*

No lo hizo. —Me despertó del sueño a la ruina y la muerte. —Se mantuvo en movimiento, siempre enfocándose en las siguientes palabras en lugar del dolor y su corazón palpitante—, En la cueva del océano, todavía a salvo contigo. ¡El germen de la inmortalidad!

—*¡Se suponía que no escaparías nunca!* —gritó el mar falso.

Pero los dedos de Trevor encontraron el pomo de la puerta y lo giraron.

La luz entró en la habitación como si fuera líquido, el dorado enfermizo de los faroles. Los pulmones de Trevor se aclararon con una tos final y efusiva, y el aire alquitranado de la noche se precipitó hacia ellos. La lluvia golpeó la acera frente al toldo de la entrada con un ritmo lento y perfectamente normal. Una tenue luz brillaba detrás de las ventanas con las cortinas de varias otras habitaciones del motel cerradas, también perfectamente normales, como si la oscuridad se hubiera limitado a la suya. Por un momento, simplemente respiró, con cada jadeo cargado de petricor. Cuando finalmente se atrevió a mirar hacia atrás, la habitación del motel estaba seca, a excepción de unas gotas de agua que se filtraban a través de una gotera en el techo. Casi se rio.

\*\*\*

El sol ya había salido cuando la lluvia paró. Trevor había pasado el resto de la noche en la entrada, esperando a que pasara la tormenta en un lugar donde no se sintiera atrapado. La voz le había susurrado una o dos veces, pero se negó a correr o esconderse, simplemente viendo caer las gotas. Sin embargo, apenas contuvo un grito de alegría cuando el cielo azul atravesó las nubes.

Se arriesgó a ir a su habitación solo una vez para agarrar su billetera de la mesita de noche rápidamente. El meteorólogo de la noche anterior había dicho que los rayos del sol serían temporales. Necesitaba seguir moviéndose, más lejos de la tormenta. Una noche de valentía había sido suficiente por ahora. Tal vez podría tomar un autobús, tal vez incluso un autobús hacia el aeropuerto. Se suponía que California era soleada y seca en esta época del año. Tal vez incluso se iría al desierto de Atacama, en Chile, y nunca miraría hacia atrás.

El agua salpicó debajo de su bota cuando abandonó la entrada.

Bajó la vista.

Su propio rostro le devolvió la mirada, un reflejo en el charco pintado por el amanecer. Pero no estaba bien, no era realmente su reflejo en absoluto. Su piel era gris y estaba hinchada, su forma, untada como la de un insecto después de chocar contra un parabrisas. Sus ojos estaban en blanco, sin vida, *ahogados*. Como no había salido luego de una tormenta en tanto tiempo, había evitado cada piscina, lago o estanque, no se había visto reflejado en el agua en años. ¿Cuánto tiempo había tenido esta apariencia?

—*No se suponía que escaparías* —repitió su reflejo—. *No se suponía que te salvarían. El agua te quiere de vuelta.*

Las manos frías y húmedas de su reflejo se envolvieron alrededor de su tobillo.

Antes de que pudiera gritar, Trevor estaba cayendo. El agua lo consumió con una salpicadura. El líquido se agitó y burbujeo a su alrededor mientras se sacudía, pero nunca lo soltó, entumeciéndolo, vertiéndose dentro de sus oídos, su nariz, y su boca sobresaltada y entreabierta. Lo único que pudo hacer fue estirar una mano, ahora más grande, pero igual de indefensa, hacia el último fragmento de luz de la superficie mientras la oscuridad del abismo se lo tragaba.

*Sálvame*, suplicó con todo su ser mientras su visión se volvía tan oscura como la pesadilla de la que en realidad nunca había escapado.

Esta vez, nadie lo encontraría. Flotaría hasta el fondo, si es que este abismo tenía uno, sus huesos nunca más tocarían la luz. Consumido. Perdido. Olvidado.

Sus pulmones clamaron por aire antes de estallar.

*Y tranquilo y en paz dormiré.*

*Mecido en la cuna de las profundidades.*

\* \* \*

# El funeral de Sam Butler

Por Ron Ripley

—¿Estás listo? —preguntó Billy.

Shane terminó su cigarrillo, apagó la colilla y la desarmó antes de responder. —Claro que no.

Puso los restos del cigarrillo en el bolsillo de su abrigo.

Los dos se alejaron de la camioneta de Billy, y cada uno se ajustó la ropa. Shane miró hacia el cielo, observando las oscuras nubes que se arrastraban desde el oeste. Una brisa fresca corría a lo largo del cementerio, haciendo crujir las hojas de los árboles a las afueras de las parcelas unificadas. Las manos de Shane ansiaban agarrar un cigarrillo, pero las obligó a quedarse en su lugar.

En silencio, los dos hombres caminaron por el sendero de césped, a través de estrechos pasillos entre generaciones de familias enterradas entre bordes de granito y mármol. Delante de ellos se encontraba el grupo del funeral. Un trío de ancianos con uniformes del Cuerpo de Marines sentado en sillas plegables de metal, y el pastor que se ubicaba al extremo de la tumba. En la parte superior de la plataforma que lo bajaría al suelo, había un elegante ataúd negro, el extremo visible debajo de una gran bandera estadounidense. A un lado estaba la guardia de honor de los Marines, tanto sus fusiles como ellos mismos, en reposo. Los Marines responsables de la bandera estaban cerca del pastor, conversando con él en voz baja.

Shane asimiló todo esto mientras él y Billy se acercaban a la tumba. Había un par de sillas vacías al lado de los viejos Marines, y los tres hombres miraron a Shane y a Billy. Shane observó las cintas y medallas en sus pechos, registrando estrellas de batalla para Corea y Vietnam, corazones púrpuras, estrellas de bronce y de plata.

Los tres hombres llevaban Cruces de la Armada.

Shane vio que los hombres tenían rasgos casi idénticos. Había ligeras diferencias en la barbilla y los labios, una nariz apenas más grande, ojos que iban de color avellana a azul. Cicatrices en la cara de uno, dedos faltantes en la mano de otro. Eran salados, como a los Marines les gustaba



referirse a los suyos que habían visto y hecho cosas que otros solo podían soñar.

Los ancianos miraron a Shane y a Billy, evaluando y juzgando con sus ojos.

—Billy Ferman —dijo Billy, extendiendo su mano.

El anciano del centro la estrechó, asintió y dijo: —Soy John Butler. Estos son mis hermanos, James y Geoffrey.

—Shane Ryan —dijo Shane, y los cinco hombres se dieron la mano.

—Mi sobrino, Sam, habló mucho de ti —dijo James mientras Shane se sentaba a su lado.

—¿Algo bueno? —preguntó Shane.

James negó con la cabeza.

—Eso pensé —dijo Shane.

Billy se inclinó hacia delante, miró a los hermanos Butler y preguntó sin rodeos: —¿Quién lo encontró y cómo lo hizo?

La pregunta había estado molestando a Shane y a Billy, y la habían discutido extensamente en su viaje de Massachusetts a Pensilvania.

—Fui yo —respondió John.

—Utilizó un 45 —agregó Geoffrey.

Billy maldijo por lo bajo y todos los hombres asintieron.

—¿Dejó alguna nota? —preguntó Shane.

James lo miró a los ojos y dijo: —Sí. Pero mi sobrino se voló los sesos sobre ella. Eso dificultó un poco la lectura. Lo poco que vi, mencionaba Afganistán. ¿Saben algo sobre eso?

Shane asintió mientras Billy miraba hacia la tumba. —Mató a un par de niños y sus madres.

Ninguno de los ancianos se estremeció ante la declaración.

—¿Tuvo algún motivo? —preguntó James.

—Sí —respondió Shane—. Las madres, fueron a buscar ametralladoras AK. Cuando les dispararon, los niños fueron por ellas.

—¿Cuánto tiempo llevó eso consigo? —preguntó John.

—Diez años —dijo Billy suavemente—. Intenté hablar con él al respecto. Intenté que hablara con quien sea al respecto.

—No, no habrías podido —dijo Geoffrey—. Su padre era igual.

—Lo curioso —dijo John—, es que su padre usó la misma maldita pistola para suicidarse.

Entonces se quedaron en silencio, y el pastor aprovechó la oportunidad para comenzar el servicio funerario.

Shane había presenciado los entierros de muchos amigos, y él mismo había enterrado algunos. El sonido de los golpes lo devolvió al presente, y el traqueteo de los rifles le recordó otros entierros.

Cuando todo estuvo dicho y hecho, cuando los Marines doblaron la bandera y se la presentaron a James, el mayor de los hermanos Butler, los hombres invitaron a Shane y a Billy a regresar al asilo para rememorar un poco. Pero fue un gesto superficial, y tanto Shane como Billy lo reconocieron como tal. Se negaron educadamente y caminaron con los hombres de regreso a la camioneta, la cual los llevaría de regreso a su hogar.

De repente, se encontraban solos en el cementerio con los sepultureros llenando la tumba de Sam.

Shane encendió un cigarrillo y miró hacia el pequeño cementerio, y de repente un movimiento llamó su atención. Lejos, en la esquina izquierda, apenas visible en las sombras, había una mujer de mediana edad. Era regordeta, vestida con ropa de hace al menos cincuenta años. Parecía asustada. Mientras Shane miraba, ella se agachó detrás de un mausoleo.

*Algo anda mal*, pensó. Dio una larga calada a su cigarrillo. Después de un momento, se volvió hacia Billy: —Oye, creo que me quedaré aquí un momento.

Billy lo miró sorprendido. —¿Hablas en serio?

—Sí —asintió Shane—. Tengo algunos amigos en la zona. Creo que los llamaré para ver qué están haciendo.

Billy lo miró con cuidado. —¿Estás seguro de esto, Gunny?

Shane sonrió abiertamente. —Billy, nunca estoy seguro de nada. ¿Cómo crees que salimos con vida?

—Salimos con vida porque eras el hombre más rudo del Cuerpo de Marines, Gunny —dijo Billy siendo sincero. Extendió su mano y Shane la estrechó—. Oye, sé que la gente dice esto todo el tiempo, pero en serio, no esperemos hasta el próximo funeral para reunirnos. Estoy a una hora de distancia en Boston.

—Lo sé —dijo Shane, ya sin bromear—. Nos reuniremos. Ya no estoy muy ocupado.

—¿Lo estuviste alguna vez? —preguntó Billy, esquivando el golpe de Shane fácilmente—. Je, está bien, Gunny. Te veré pronto. No mates a

nadie.

—No prometo nada —dijo Shane despidiéndose cuando Billy se dirigió hacia su camioneta, se subió y partió.

Shane se quedó quieto por un momento, luego salió del cementerio hacia la carretera principal. Hizo una pausa, luego giró a la izquierda, en dirección a una pequeña plazoleta por la que habían pasado antes. Algunos vehículos lo pasaron, y después de diez minutos, Shane entró en la plazoleta, sus pies lo llevaron a una tienda llamada, *Finos Vinos y Buenos Licores*. La puerta sonó cuando él entró, y se detuvo para orientarse.

Un joven le sonrió desde detrás de una caja registradora y le preguntó: —¡Hola! ¿Está buscando algo en particular?

*Menos alegría*, habría querido decir Shane. En cambio, sonrió y respondió: —Whisky.

—¿Qué tipo? —preguntó el joven.

—Cualquiera que sea barato y pueda emborracharme —dijo Shane.

El joven se rio entre dientes, se dio cuenta de que Shane hablaba en serio y se aclaró la garganta, incómodo. —Emm, la pared del fondo, señor, es donde encontrará nuestra selección de whiskies finos.

—Mojado y barato —dijo Shane, sonriendo—. Eso es todo lo que necesito.

Dejando solo al joven para que reflexione sobre su declaración, Shane caminó hacia donde el empleado le había indicado. Poniéndose en cuclillas, Shane vio un quinto de Whisky Irlandés Salvaje de Steinbeck por diez dólares, y sonrió.

Llevó dos de ellas hacia la caja y se abstuvo de reírse al ver los ojos de sorpresa del joven. El empleado los pasó por la máquina, los colocó en una bolsa y dijo: —Bueno, espero que le duren.

—Yo también —dijo Shane—. No quiero tener que volver antes de que cierres esta noche.

Se despidió del joven que aún tenía la boca abierta y salió de la tienda. Luego, Shane se dirigió a una pequeña tienda, compró agua y algunos sándwiches ya preparados, unos paquetes de regaliz y luego se detuvo. Sonriendo para sí mismo, recogió dos saleros Morton. Llevando todo al mostrador, habló un poco con el hombre que estaba trabajando allí y salió de la tienda silbando. Fue solo en la última tienda, un establecimiento de bienes generales, que Shane se molestó.

La adolescente y el muchacho que trabajaban detrás del mostrador lo miraron, recordándole sus cicatrices y su alopecia. Se preguntó qué les parecía la completa falta de cabello y el cuero cabelludo destrozado, y quería susurrarles, *Boo*, solo para ver cómo reaccionaban.

*Como idiotas, supongo*, pensó Shane. Colocó todas sus compras anteriores en un carrito, se detuvo frente al mostrador y les sonrió, asegurándose de que pudieran ver los dientes que le faltaban. —Díganme, ¿tienen una sección de planificación familiar por aquí?

La chica lo miró estupefacta, y luego se sonrojó frenéticamente. Su compañero miró a Shane, confundido. Ella negó con la cabeza mientras el chico preguntaba: —¿Qué?

—Algo que tus padres deberían haber usado —dijo cortésmente Shane—. Que pena. En cualquier caso, necesito un poncho y una mochila.

Ambos adolescentes señalaron la pared del fondo. Shane asintió con la cabeza en señal de agradecimiento, le guiñó un ojo a la chica lo más descaradamente posible, luego se volvió y continuó con sus compras.

Para cuando terminó, Shane estaba equipado para una noche en el cementerio, la cual sospechaba que iba a tener. Dejó a los adolescentes de la tienda en un estado completamente nervioso, y se sintió bien al respecto. Su comida y alcohol fueron guardados de manera segura en su mochila, al igual que la ropa extra y el poncho que había comprado. Shane incluso había encontrado una manta decente.

Cuando regresó al cementerio, los trabajadores se habían ido, dejando un montículo de tierra en la tumba sin marcar de Sam. Shane se detuvo frente a él, encendió un cigarrillo y dijo: —Lamento que te hayas ido así, Sam. Realmente lo lamento. Espero que estés bien ahora.

Dicho eso, caminó hacia la esquina más alejada donde había visto a la mujer muerta. Shane la vio por el rabillo del ojo y silbó alegremente mientras montaba su campamento cerca de ella. Cuando terminó de abrir su whisky y comer un sándwich, se estiró, puso las manos detrás de la cabeza y miró al cielo. Sintió que la temperatura del aire cambiaba gradualmente, hundiéndose más y más hasta que pudo ver a la mujer parada a su lado.

Con una voz suave y gentil, Shane dijo: —Sé que estás allí. Puedo verte.

La mujer se cubrió la boca para evitar que se escuchara un grito ahogado, pero no se movió.

Cuidadosamente, Shane giró la cabeza hacia ella y vio que sus ojos se abrían aún más.

—Ahora me voy a sentar —dijo Shane—, solo quiero asegurarme de que estés bien.

Dio un paso nervioso hacia atrás, pero no huyó.

Shane se sentó con cautela, asegurándose de no moverse demasiado rápido.

—Mi nombre es Shane —dijo—. ¿Cuál es el tuyo?

—Joan —susurró, bajando la mano. —Soy Joan Carr.

—Hola, Joan —dijo Shane—. Encantado de conocerte.

—¿Cómo es que puedes verme? —preguntó ella, todavía susurrando.

—Es algo que simplemente puedo hacer —respondió Shane.

—No eres como ella, ¿verdad? —preguntó Joan, dando otro paso atrás.

—¿Como quién? —preguntó Shane.

—Como la que me puso aquí —dijo Joan con amargura—. ¡Yo era feliz!

—¿Quién te puso aquí, Joan? —preguntó Shane, sintiendo que su ira aumentaba—. ¿Alguien te mató?

Ella negó con la cabeza. —Morí de fiebre. Entonces, me desperté, todavía estaba en mi casa. Aún con mi familia. Mi hijo, él todavía vive en la casa, con sus hijos. ¡Podía ver a mis nietos todos los días!

—¿Qué pasó, Joan? —preguntó Shane. —¿Puedes decirme?

Ella asintió. —Una mujer entró a la casa, con un fantasma, y me echaron. Encontró mi collar y supo que estaba unida a él. Luego, lo trajo aquí y lo enterró en mi tumba. ¡No puedo volver!

Shane controló su temperamento y dijo: —Puedo desenterrar el collar. Te llevaré de vuelta a tu casa.

Ella negó con la cabeza con miedo. —No —susurró—. No puedes.

—¿Por qué no? —preguntó Shane.

—Porque ella lo enterró a él conmigo —sollozó Joan, señalando.

Shane giró la cabeza y maldijo.

El fantasma de un hombre gigante se alzaba sobre Shane mientras se ponía de pie. Antes de que pudiera librarse por completo del hombre muerto, Shane fue arrojado hacia atrás, y su cabeza golpeó el costado del mausoleo de piedra.

\*\*\*

Tosió, escupió sangre e intentó ver. La oscuridad a su alrededor provocaba el pánico, pero Shane la hizo a un lado mientras luchaba por ordenar sus pensamientos. Su corazón latía con un ritmo lento, constante, casi nauseabundo mientras se ponía de pie empujando con sus manos y rodillas. Fue entonces cuando sintió la piedra fría debajo de las manos.

*¿Dónde diablos estoy?* se preguntó, con la cabeza dolorida.

Antes de que pudiera responder a su propia pregunta, escuchó la voz de una mujer.

—¿Qué quieres decir con que te vio? —exigió ella.

*No es Joan*, pensó Shane, sus pensamientos eran dolorosamente lentos. Se arrastró hacia el sonido, encontró una pared con las manos y se arrastró por ella. Sus ojos latían al ritmo de su corazón, y tuvo dificultades para distinguir exactamente lo que se decía.

—Exactamente lo que dije —respondió una voz profunda y amarga—. Me vio. No me iba a ver, pero me vio. Lo eché pa' la cripta.

—Es un mausoleo —dijo la mujer enojada—. Espera. ¿Dijiste que está en el mausoleo? ¿Ahora mismo?

—Ajá —respondió el muerto.

—¿Está muerto? —preguntó ella con cuidado.

—No, Janet, no ta muerto —respondió el fantasma—. Ustedes siempre dicen que no puedo matar a nadie sin permiso.

—Realmente eres tan estúpido como una piedra, Henry —escupió Janet—. Entra allí y acaba con él.

—¿No podemos cerrar la puerta y dejalo ahí? —preguntó Henry.

—No, tonto —Janet puso los ojos en blanco—, no podemos.

—¿Pol qué?

—¿Sabes qué? —dijo Janet—. Esto casi no vale la pena. Si no lo hubieras tocado en primer lugar, nada de esto estaría sucediendo, Henry. Nada. No estaría aquí preocupándome por cómo salir de la ciudad antes de lo previsto.

—Pero él me vio —se quejó Henry.

—Henry —Shane escuchó a la mujer suspirar, y cuando volvió a hablar, fue en un tono de exasperación total. —A ver, déjame intentar aclararte esto. Está vivo. Alguien notará que está desaparecido. Vendrán a buscarlo. Lo encontrarán y lo dejarán salir. La mayoría de la gente no creerá que un fantasma lo golpeó. ¿Pero y si alguien le cree? ¿Qué pasa si hay una persona que le cree? ¿Vas a querer tratar con Beverly?

—No —murmuró Henry.

—No —dijo Janet—. Eso pensé.

—Entonces, ¿tengo que matarlo? —preguntó Henry.

—Sí, Henry —dijo Janet con exasperación—, tienes que matarlo.

Shane logró ponerse de pie, respirando entrecortadamente. *Yo voy a matarte a ti, Janet. A Beverly también, quienquiera que sea. Primero, Henry recibirá lo que merece. Muerto o no.*

—¿Cómo quieres que lo haga, ¿eh? —preguntó Henry.

—No me importa —dijo Janet—. De verdad, Henry, no me importa. Quiero que vayas al maldito mausoleo y lo mates. Cuando termines, sales y me lo dices. Entonces todos podemos irnos a la siguiente ciudad. Fácil, ¿verdad?

—Emm, claro —dijo Henry—. La puerta es de hierro, Janet. ¿Cómo se supone que salga?

Por primera vez, Shane vio que la puerta del mausoleo estaba entreabierta. Usando la pared como soporte, dio un paso cauteloso hacia ella, avanzando y haciendo gesto de dolor con cada movimiento.

—Vendré a verte mañana por la noche —dijo Janet en un tono irritado—. Estoy segura de que estará muerto para entonces. ¿No es así?

*Oh, te está mintiendo, pensó Shane, sonriendo sombríamente. Ella no va a volver por ti. Claro que no. Puedes oírlo en su voz, Henry. Una vez que cierre la puerta ya se habrá ido. Reduciendo sus pérdidas porque eres demasiado estúpido.*

—Sí —dijo Henry riendo entre dientes—. No te preocupes por na' deso, Janet. Lo mataré. Será divertido. No he matado a nadie en mucho tiempo.

—A nadie, Henry —murmuró Janet, y Shane sonrió sombríamente.

*Recuerda tu gramática cuando te esté matando a golpes, Janet, pensó Shane, y dio otro medio paso hacia la puerta. Unos pocos pasos más, eso es. Unos pocos más y estaré justo detrás de la puerta.*

La temperatura en el mausoleo se desplomó y la puerta se cerró de golpe.

Shane se detuvo y escuchó. Viejos hábitos formados en sus veinte años con los Marines surgieron a la superficie. No escuchó respiración ni el movimiento. En cambio, Shane esperó. *Intentará agarrarme en un minuto. Una vez que se dé cuenta que no estoy donde me dejó.*

—Ella es estúpida, eso es lo que es —murmuró Henry, su voz provenía de la izquierda de Shane—. Si lo fuese matado, ella y Beverly se

enojarían. Pero como no lo maté, ¡igual se enojó! ¿Qué estoy, ey, dónde tú tas?

Se hizo el silencio. *Está esperando que responda*, Shane se dio cuenta. *Lo está esperando de verdad. Maldición, realmente ES tan estúpido como una piedra.*

—¡Ey! —gritó Henry, el sonido llenó el mausoleo y atravesó la cabeza de Shane—. ¡Respóndeme! ¿Dónde tú tas?

Algo pesado cayó al suelo, y un gran crujido resonó a través de la pequeña estructura.

*¿Está mirando dentro de los sarcófagos?* Preguntó Shane, atónito.

Otro crujido, cuando la piedra se encontró con la piedra, respondió a su pregunta.

*Esto es increíble*, pensó Shane.

—¡Te lo estoy diciendo ahora! —bramó Henry—. ¡Ven pa'ca, o te caigo a palo!

Shane mantuvo la boca cerrada y buscó la manija de la puerta del mausoleo solo para descubrir que no había una. Buscó más arriba, luego más abajo, y se decepcionó al descubrir que no había nada que agarrar.

*No, tiene que haber una manera de abrirla desde adentro*, pensó Shane amargamente. *¡Solo necesito tiempo para encontrar la maldita cosa!*

—¡Pana! —gritó Henry—. Ya te oí, ven pa'ca, ¡el momento de jugar, se acabó!

Shane se inclinó y buscó un pestillo de cualquier tipo. Su mano no encontró nada.

—¿Estás cerca de la puerta? —preguntó Henry, con su voz acercándose—. ¿Es ahí donde tú estás?

El ritmo cardíaco de Shane se aceleró, aumentando el dolor en su cabeza cuando extendió la mano, buscando algo que pudiera ayudarlo.

—Pana —dijo Henry—. Te mataré rápido si me dices dónde estás. Si no, bueno, no te va a gustar. No te va a gustar ni un poquito.

*No dejes que me mate este idiota*, pensó Shane, arrastrando la mano por la soldadura de la puerta de hierro. Buscó desesperadamente cualquier cosa que pudiera ayudarlo.

Sus dedos no encontraron nada.

—Eres tú en a puerta, ¿no? —dijo Henry suavemente—. Diablo, ahí estás. Estás tratando de salirte de aquí. Nadie sale de aquí, nada más yo. ¿Entendiste?



*A la mierda*, pensó Shane. —Cállate. Estoy tratando de abrir esta puerta, y no puedo pensar contigo lloriqueando allá atrás.

—¡No puedes hablarle así a Henry! —bramó el fantasma.

—Genial, tercera persona —dijo Shane, sentándose en el piso.

Henry aulló y, por lo que Shane pudo deducir, se había estrellado contra la puerta de hierro. Durante casi un minuto, el mausoleo estuvo en perfecto silencio. Eso le ofreció a Shane suficiente tiempo para encender un cigarrillo y gatear hasta su bolso. Vio un cuchillo plegable de marinero en el suelo, lo tocó y sintió un frío antinatural que emanaba del acero y la madera. Shane lo metió en su bolso y se puso cómodo.

—Sé que estás aquí —dijo Henry un momento después.

—Sé que eres estúpido —respondió Shane—. ¿Qué premio obtengo?

—Te asfixiaré hasta matarte, ese va a ser tu premio —gruñó Henry.

—Genial, mi favorito —dijo Shane, exhalando—. A ver qué te parece esto. ¿Qué tal si te vas de aquí, y yo finjo que me asfixiaste? ¿Suena bien?

—¡Cállate! —Rugió Henry.

—No, no lo creo —dijo Shane—. Estoy bastante seguro de que deberías simplemente irte de aquí.

—No hasta que te mate —ladró Henry.

—Sí, bastante conveniente para tu jefa, ¿no? —preguntó Shane.

—¿Qué? —exigió Henry, con un tono de duda en su voz.

—Tu jefa —continuó Shane—. La escuché, ya sabes. Diciendo que te dejaría salir mañana. Que amable de tu parte creer eso.

—Lo hará —declaró Henry, y el frío en el mausoleo aumentó.

—Claro que lo hará —dijo Shane—. Sin embargo, como ella dijo, eres tan estúpido como una piedra.

Hubo un momento de vacilación, luego Henry preguntó: —¿Qué tú ta' diciendo, pana?

—Lo que estoy diciendo —dijo Shane—, es, ¿realmente crees que va a volver por ti? Ya lo estropeaste al no matarme, lo cual agradezco, por cierto. Pero, además de eso, este no parece ser el primer error que has cometido, grandulón. Entonces, te pregunto. ¿De verdad crees que ella volverá por ti?

—Te voy a matar —siseó Henry.

—Te creo —dijo Shane—. De verdad. Por eso voy a pedirte un favor antes de que lo hagas.

Henry dudó y luego preguntó: —¿Qué?

—Tengo dos quintos de whisky en mi mochila —respondió Shane—. Quisiera otro cigarrillo y una bebida antes de que me aniquiles.

—Whisky —dijo Henry con nostalgia. —Sí. Bebe, pana. Je, eso podría hacer que te duela menos cuando te mate.

—Podría —dijo Shane, riéndose por lo bajo. Hurgó en su mochila, encontró uno de los quintos y lo agarró. Shane le sacó la tapa, la arrojó al otro lado de la habitación y tomó un largo trago.

—¿Está bueno? —preguntó Henry.

—Oh, Henry —dijo Shane, riéndose de su propia broma privada—, es magnífico. Nada como embriagarse con whisky.

—No —suspiró Henry—. Nada hay igual. Dime, pana, ¿cómo te pusiste tan feo?

—Eres una dulzura —Shane le dio una calada al cigarrillo—. Veamos. Perdí todo mi cabello cuando era niño.

—¿No tenías cabello en absoluto? —interrumpió Henry.

—No —respondió Shane.

—¿Y todas esas cicatrices? ¿Estuviste en un accidente o algo? —preguntó Henry.

—Cicatrices de batalla, mi dulce Henry —dijo Shane, tomando otro trago de la botella de whisky. —Heridas de bala. Heridas de cuchillo. Congelamiento. Un montón de pequeños recuerdos.

—Eres un combatiente, ¿eh? —preguntó Henry.

—Marine —respondió Shane. —Durante veinte años.

—Yo peleaba a puño limpio —respondió Henry con orgullo. —Combatiente en Filadelfia. También peleé por el USS *Intrepid*, cuando era marinero.

—Ja —dijo Shane. Encendió un nuevo cigarrillo con los restos del anterior, apagó la colilla y la desarmó mientras preguntaba: —Entonces, ¿este es tu cuchillo?

—Sí —dijo Henry, su tono cambió al de un niño malhumorado. —Janet lo tiró ahí. Pa' asegurarse que yo terminara el trabajo antes de irme.

—¿Por qué no te vas? —preguntó Shane, deslizando su mano en la mochila y encontrando un contenedor de sal de mesa. Lo sacó lentamente, apoyándolo entre sus piernas mientras Henry respondía la pregunta.

—Porque —dijo Henry con amargura—. La puerta es de hierro. La cerradura es de hierro. No las puedo abrir.

—Podría hacerlo yo —ofreció Shane, estremeciéndose al tocar el cuchillo de Henry y sacar la hoja con dificultad. Volvió a colocar la herramienta en el suelo, frotando su mano contra sus jeans para calentársela.

—No —dijo Henry. —Tengo que matarte.

—¿Solo porque Janet lo dijo? —preguntó Shane. Tomó otro trago.

—No. Bueno, sí —Henry suspiró—. Ella le dirá a Bev, y Bev es una tipa dura. Conocí a una mujer como ella en Filadelfia. Tenía un putero como si fuera un tipo. Bev, ella me hará mal. Así que, tú sabe, tengo que hacele caso a Janet.

—Suenas como un amor de persona —dijo Shane. Preparándose, usó el cuchillo para cortar la parte superior del recipiente de sal y dijo: —Entonces, ¿cómo moriste, campeón?

—En el putero —se rio Henry—. Me contrataron. Trabajaba en la puetas. Me encargaba de los panas que no sabían comportarse. Fui un poco duro con uno de ellos. Le partí el cuello cuando lo lancé. Sus compañeros no estaban muy contentos. Volvieron después y me apuñalaron por la espalda.

—Uh —dijo Shane. Despegó la parte superior y suspiró. —Entonces, ahora estás atrapado con Janet y Bev. ¿Seguro que no quieres que te saque de aquí?

—Seguro —dijo Henry—. Gracias. No eres tan malo, pana. Lamento tener que matalte. ¿Estás listo?

—Casi —dijo Shane, tomando otro trago. —Déjame tomar un poco más de whisky.

El hombre muerto se echó a reír. —Eres un hombre bebedor. Eso me gusta. Dale. Disfrútalo.

—Gracias —dijo Shane, riendo entre dientes—. ¿Sabes a dónde te diriges ahora?

—Nop —dijo Henry. —Nunca sé. Bueno, por lo menos yo. Le dicen muchas cosas a Chuck, pero no tengo miedo de decir que Chuck es un poco más inteligente que yo.

—No, ¿es broma? —dijo Shane. Reprimió un siseo mientras cerraba el cuchillo.

—Sí —dijo Henry—. ¿Estás listo?

—Mmm —dijo Shane, respirando profundamente—. Ya casi.

Tomó el cuchillo y lo clavó en el recipiente de sal. Henry gritó mientras el mineral se cerraba alrededor de su cuchillo, arrastrándolo de vuelta

hacia él y atrapándolo allí.

Shane se sentó y terminó su cigarrillo a medida que la temperatura en el mausoleo aumentaba gradualmente. Prendió su encendedor y sostuvo la llama sobre la improvisada prisión de sal. Ninguna parte del cuchillo era visible. Shane empujó cuidadosamente el contenedor lejos de él, deslizándolo hacia una esquina. No duraría mucho, lo sabía.

*Lo suficiente para que me ocupe de él más tarde*, pensó Shane. Cerró el encendedor de un golpe y lo guardó. De su mochila, sacó uno de sus sándwiches, lo desenvolvió y comió lentamente, con la cabeza palpitándole. Bajó la comida con más whisky, encendió otro cigarrillo y luego, dolorosamente, se levantó. Shane caminó cuidadosamente hacia adelante, consciente de los sarcófagos dañados que yacían en la oscuridad.

Después de varios minutos, llegó a la puerta y suspiró feliz ante el frío tacto del hierro debajo de sus dedos. Volvió a tomar su encendedor y usó la llama para encontrar el pequeño cerrojo que mantenía la puerta cerrada. Riéndose, corrió el cerrojo y abrió la puerta.

El aire fresco tocó su rostro, y el cielo nocturno relució con una luna llena y estrellas brillantes.

—Estás vivo —dijo Joan, saliendo con cautela de la línea de árboles.

—Por supuesto que estoy vivo —dijo Shane, sonriendo. —Como dice la canción, ‘todavía no han encontrado una manera de matarme’.

—¿Dónde está? —preguntó ella, mirando nerviosamente el mausoleo.

—Durmiendo —dijo Shane—. O gritando. ¿Quién sabe? De todos modos, ¿dónde estás enterrada?

—¿Por qué? —preguntó Joan, confundida.

—Para que podamos recuperar tu collar —respondió Shane, encendiendo un nuevo cigarrillo—, y llevarte de vuelta con tus nietos.

\* \* \*

# Estadía nocturna

Por Sara Clancy

—Gracias por llamar a la recepción. Habla Samantha, ¿cómo puedo ayudarlo?

Las palabras bien practicadas no requerían aporte alguno de su cerebro para salir de su boca. La temporada baja en el hotel Ridge no era mentalmente ardua para nadie. Y el turno nocturno era aún peor. Samantha estaba en su segundo mes del turno nocturno. A estas alturas, solo necesitaba escuchar las palabras clave de las conversaciones. *Toallas. Servicio de habitaciones. Control remoto*. Se decepcionó un poco cuando la voz del otro lado murmuró “toallas”. No era la solicitud que llevaba menos tiempo de todas las posibles, pero sí la segunda.

Prestó la suficiente atención para recordar cuántas toallas estaban solicitando y miró la pantalla del teléfono para obtener el número de habitación. Anotando todo rápidamente en su bloc de notas, ofreció la despedida estándar.

—Desde luego. Se las llevaremos en seguida. Que tenga una maravillosa noche.

Presionando con la punta del lápiz, colgó y comenzó a llamar a los de limpieza. Estaba a un número de terminar de marcar cuando se dio cuenta de que estaba desperdiciando una oportunidad perfecta para salir de detrás del escritorio por unos minutos.

—Puedes manejar la recepción por unos momentos, ¿verdad? No tenemos más registros previstos.

César reaccionó y la miró con los ojos muy abiertos, esperanzado. —¿Qué tienes?

—La habitación 214 quiere algunas toallas —dijo, ligeramente recelosa por su repentino entusiasmo—. Como la habitación está tan cerca, realmente no hay necesidad de molestarse.

—Iré yo.

—Pero —dijo Samantha haciendo pucheros—, yo atendí la llamada.

—Está bien, está bien, está bien. Pero escúchame —dijo. Juntando las manos, apoyó la barbilla en la punta de los dedos—. Te molestaré hasta el

hartazgo si no me dejas ir.

—Eso no es justo.

Él tarareó de manera contemplativa mientras respiraba profundamente. Pero, en lugar de iniciar una discusión, comenzó a cantar “What’s New Pussycat”. Hubo un tiempo en que a Samantha le había gustado la canción de Tom Jones. Eso fue antes de que su compañero de trabajo comenzara a usarla como tortura oral. Había una cantidad limitada de veces que una persona podía escuchar la misma canción en repetición antes de colapsar.

—¡Está bien! Solo para, por favor.

César bajo sus manos. Le molestaba que él no hiciera absolutamente ningún esfuerzo por ocultar su sonrisa victoriosa.

—Realmente quisiera golpearte —señaló.

—Lástima que no puedas alcanzarme mientras estoy en el segundo piso —declaró César mientras se arrojaba incómodamente sobre el mostrador y comenzaba a correr.

Samantha suspiró, tomó algunas toallas de la pila de la recepción y se reunió con él cuando regresó avergonzado.

—Gracias —murmuró.

Samantha mantuvo sus manos sobre las toallas. —Tráeme algo de la máquina expendedora.

—Por supuesto, compañera.

—¿De verdad?

—Sí, claro. —Estaba a mitad del vestíbulo antes de clamar—. Ah, el turno de día aún no ha ingresado ninguno de los registros de hoy en el sistema de la computadora.

Echó un vistazo a las dos pilas de papeles. —¿Con cuál has comenzado?

—¡Con ninguna! —Declaró mientras subía la gran escalera.

Abrió la boca para protestar, lo pensó mejor y resopló. El silencio regresó a la recepción del hotel. Solo era roto por los suaves sonidos de la chimenea crepitante y los rápidos sonidos del teclado bajo sus dedos. Trabajando de manera constante, logró analizar la mitad de la primera pila antes de que César volviera trotando por la escalera. Ella no levantó la vista de la pantalla, sino que extendió la mano para tomar el regalo que le había traído. Él, en cambio, dejó caer las toallas sobre el mostrador con todos los dramatismos que el movimiento fue capaz de crear. Dejó caer la barbilla sobre la pila y la miró hasta que ella preguntó.

—¿Que está pasando aquí?

—Me mentiste —dijo.

—¿De qué estás hablando?

—214, ¿no? —preguntó, continuando cuando ella asintió. —Nadie abrió la puerta. Creo que invertiste los números.

Frunció el ceño y tomó su cuaderno. Si bien su letra era horrible, los números eran lo suficientemente claros.

—Estoy segura de que ese fue el número que apareció cuando llamaron —murmuró.

—¿Lo dijeron o lo leíste? —preguntó César.

La incertidumbre se apoderó de ella y su ceño frunció aún más. —Espera. Déjame llamarlos.

Sosteniendo el teléfono entre su hombro y su oreja, rápidamente tocó los comandos para que aparezca el registro de historial del teléfono. En momentos como estos, estaba muy agradecida por la reciente actualización del hotel. Por primera vez, no había sido solo estética. El teléfono no tardó más de unos segundos en comenzar a sonar en su oído. El enfado de César resonó en el otro. Todavía desplomado sobre las toallas, chasqueó la lengua distraídamente. Era molesto.

Ella estaba tratando de alejarlo cuando la línea hizo clic. Solo hubo silencio.

—Emm, ¿hola? —Sacudió la cabeza y volvió a concentrarse—. Habla Samantha de la recepción.

Silencio.

—¿Hay alguien ahí?

—Samantha. —Su nombre fue expresado en un susurro, bajo y suave. Como si el interlocutor estuviera luchando por modular las sílabas.

—Sí, así es.

Disminuyendo su ritmo al hablar, le indicó a César que el huésped probablemente había estado bebiendo. No era algo inusual. La mayoría de las personas a esta hora habían tenido una noche divertida.

—Lamento molestarlo —continuó, manteniendo su tono profesional cuando César puso los ojos en blanco. —Solo necesitaba confirmar rápidamente que se hizo una solicitud desde este número de habitación.

—*Samantha.*

La voz susurrante arrastró su nombre hasta que tardó casi diez segundos en terminar de decirlo. Mordiéndose los labios, volvió a acomodarse el teléfono contra el hombro y buscó la información de la reserva para la

habitación 214 en la computadora. La pantalla se cargó con la estructura normal, pero estaba completamente vacía. *Vamos, turno de la mañana. ¿Registraron a alguien?*

—Sí —dijo de nuevo—. ¿Puede confirmar haber solicitado tres toallas para la habitación 214?

—Sí.

La voz siseó la palabra y un escalofrío le recorrió la espalda.

—*Habitación 214. Tráenos toallas. Apúrate.*

—Se las llevaremos en seguida. Gracias y buenas noches.

Colgó el teléfono a toda prisa.

—Así que, ¿había alguien allí? —preguntó César.

—Aparentemente.

—Entonces —hinchó las mejillas—, ¿por qué no respondieron a la puerta?

—No lo sé. —La voz permaneció en su cabeza como una niebla helada. Sacudiéndose una vez más, suspiró rápidamente—. Dijeron que nos apuráramos. Tal vez hayan obstruido el fregadero o algo así.

—Supongo que volveré a subir —dijo César.

La poco dramática respuesta se combinó con un suspiro profundo y un largo y lento deslizamiento que casi hizo que se cayera al suelo.

—Entonces yo me quedaré aquí y haré nuestro trabajo —dijo poniéndolo en evidencia.

—Hazlo.

Había comenzado a escribir de nuevo antes de recordar: —¡No olvides mi regalo!

La despidió con un resoplido malhumorado en la parte superior de las escaleras antes de desaparecer de la vista. Todo quedó en silencio una vez más. Revisó algunos de los registros antes de que César apareciera en lo alto de la escalera. En lugar de bajar, se quedó allí agitando dramáticamente los brazos hasta que la camisa negra de su uniforme llamó su atención. Levantó la vista y, sin estar dispuesta a gritar por el vestíbulo a medianoche, se conformó con un poco de dramatismo propio, exagerando un encogimiento de hombros confuso. Él señaló las toallas y luego regresó por el pasillo. *Siguen sin responder.*

—Entonces definitivamente han estado bebiendo —murmuró con cierta molestia y volvió a levantar el teléfono.



Antes de comenzar a marcar, lo pensó mejor. Ninguno de los huéspedes cerca de esa habitación estaría contento de que el teléfono de su vecino sonara tan tarde por la noche. Una vez podrían dejarlo pasar. Dos veces sería demasiado. Colgó el teléfono y se encontró con la mirada de César. Era mucho más difícil gesticular “déjalo en la puerta” de lo que había pensado. Les llevó unos cinco minutos entenderse. Y eso fue solo porque ella agarró un cuaderno y escribió “déjalo” en letras grandes.

Una vez que él recibió el mensaje, las cosas se desarrollaron sin problemas y regresó por el vestíbulo.

—¿Trajiste mi bocadillo? —preguntó Samantha sin levantar la vista del monitor.

Él giró sobre sus talones y se fue una vez más. Ingresó dos registros más y una pequeña bolsa de papas fritas picantes le golpearon la frente.

—Lo siento, le apunté a tu hombro —sonrió César.

—Solo por eso, no te daré nada. —Se rio entre dientes ante su justa indignación cuando sonó el teléfono. Una mano seguía ingresando la información del huésped mientras la otra tomaba el teléfono.

—Gracias por llamar a la recepción. Habla Samantha, ¿cómo puedo ayudarlo?

—*Samantha.*

Un escalofrío le recorrió la espalda, haciéndola enderezarse. César notó el cambio y le dirigió una mirada inquisitiva. Eso le bastó para darse cuenta de lo tonta que estaba siendo. *Es solo un huésped borracho. Contrólate.*

—Hola de nuevo. Parece que seguimos desencontrándonos. Las dejamos afuera.

—*No viniste.*

—Le aseguro que las toallas están justo afuera de su puerta —dijo.

—*No viniste.* —Las palabras crujieron como si estuvieran escupiendo fuego.

—¿Qué pasa? —preguntó César.

Tapó el micrófono del teléfono con la mano. —Dicen que nunca subiste.

Se dio la vuelta hacia las escaleras para señalar con los brazos, gesticulando: —¡tú me viste!

—Te creo —dijo ella.

Le inquietaba que el huésped de la habitación 214 aún no respondiera. En el otro extremo de la línea solo había un silencio profundo e

ininterrumpido. No había nada, ni siquiera el ligero ruido que se produce cuando alguien cuelga. Simplemente—nada.

—¿Están drogados? —preguntó César.

Ella le lanzó una mirada asesina, indicando que la persona en cuestión todavía estaba en la línea. Si el huésped escuchó, no hizo ningún comentario.

—Cuelga de una vez —dijo César.

—No puedo hacer eso —le susurró antes de volver su atención al huésped. —¿Hola? ¿Ha revisado la entrada de la habitación?

—*Habitación 214.*

—Sí, así es. Ahí es donde se las dejamos.

—Samantha —siseó César, desplomándose contra el mostrador y agitando su otra mano para llamar su atención—. Cuelga.

—No —articuló, una vez más, perturbada por el consumido vacío que se filtraba desde el teléfono.

—O son idiotas —continuó César—. O han festejado demasiado para recordar todo esto por la mañana. Así que... —Dejó que la frase se desvaneciera mientras hacía el gesto de colgar el teléfono.

Ella resopló y asintió de mala gana.

—¿Hola?

Silencio.

—Las toallas han sido entregadas a la habitación 214. Que tenga una noche maravillosa.

No hubo respuesta, y colgó rápidamente. Observando fijamente el teléfono por un momento, miró a su compañero de trabajo.

—Si me meto en problemas por eso, me apoyarás, ¿verdad?

—Sí, claro. —Dio él por sentado, deslizando su torso por la parte superior del mostrador y moviendo las cejas ante la bolsa de papas fritas—. Por un precio.

El teléfono volvió a sonar. Él dejó caer un brazo hacia abajo para agarrarlo a ciegas.

—Gracias por llamar a la recepción. Habla César; ¿cómo puedo ayudarlo?

Ella abrió la bolsa y masticó dramáticamente la primera papa, observando con diversión como el rostro del muchacho se distorsionaba con fingida indignación. La expresión no duró demasiado y pronto se transformó en algo que ella no pudo interpretar del todo.

—No, mi nombre es César. Sin embargo, puedo ayudarlo. ¿Qué necesita?

—¿Qué pasa? —susurró ella.

Él la calló con la mano.

—Acaba de irse a su descanso —le dijo a su interlocutor. —Pero yo puedo ayudarlo. ¿Necesita algo?

Samantha miró la pantalla del teléfono. Habitación 214.

—Correcto. Lo conectaré con el servicio de habitaciones, que tenga una noche maravillosa.

César se apoyó pesadamente en el mostrador para transferir la llamada.

—Qué bicho raro —dijo mientras devolvía el teléfono—. Pregunta secundaria; ¿Es un chico o una chica?

Entonces se dio cuenta que no había podido determinar nada por la voz. Estaba completamente desprovista de indicadores que generalmente proporcionarían información: tono, acento, ritmo o cualquier cosa similar.

Ella se encogió de hombros. —¿Qué quería?

—A ti.

El miedo le hizo cosquillas en la boca del estómago. —¿Qué?

—Solo seguía diciendo tu nombre —forzó una sonrisa burlona—. Tal vez está enamorado.

Ella puso los ojos en blanco, lo que solo provocó a César.

—Ah, ¿no lo ves? Escucharon tu melodiosa voz y se enamoraron desesperadamente. Enamorados pero tímidos, se sientan solos en su habitación, mirando la única conexión que tienen contigo. El teléfono.

—Eso suena espeluznante.

—Sí, realmente espeluznante, ¿verdad? —dijo haciendo una mueca.

—Entonces, ¿los enviaste al servicio de habitaciones?

Él se encogió de hombros. —Dijeron la palabra mágica, ‘comida’. Lo que significa que ya no son nuestro problema.

César, habiendo aparentemente decidido que estaba demasiado aburrido o que era demasiado bueno para utilizar las puertas, optó por escabullirse sobre el mostrador en lugar de rodearlo. Las pocas tareas que tenían fueron dejadas de lado durante el tiempo que les llevó comer la bolsa de papas fritas, provocándose el uno al otro por su incapacidad de manejar el inconveniente. Entonces el teléfono sonó.

Ambos miraron hacia la pantalla, soltando un largo suspiro cuando descubrieron que no era la habitación 214. A Samantha le aterraba la idea

de volver a escuchar esa voz. La forma en que siseaba su nombre. Sorprendida por lo horrorizada que estaba con la idea de que la habitación 214 volviera a contactarse, respondió a esta llamada con gusto.

—Hola, Seth. ¿Cómo estás?

—¿Quién demonios está en la habitación 214?

Samantha sintió vergüenza. *No puedes facturarle a un huésped hasta que esté en el sistema.* —No lo sé. Nuestro papeleo está un poco atrasado.

—Pero es un bicho raro —aclaró César juguetonamente, acercándose para compartir el teléfono—. Oye amigo, ¿puedes traernos un refresco cuando subas?

—Lo terminaré pronto —prometió ella, tratando de alejar a César y tomar su cuaderno al mismo tiempo. —Solo espera un momento y aplicaré los costos. ¿Qué pidieron?

—Nada —dijo Seth—. Sammy, solo preguntaban por ti. ¿Los conoces o algo así?

César se apartó lo suficiente como para estudiarla por el rabillo del ojo.

—No —dijo ella.

La ceja de César se levantó un poco más.

—Conozco el protocolo. Si fueran mis huéspedes, los habría incluido en el sistema.

Encogiendo un hombro dándole la razón, César volvió a su espacio personal para compartir el teléfono una vez más.

—Entonces, ¿no pidieron nada? —preguntó César.

—Todo lo que decían era su número de habitación y el nombre de Samantha —respondió Seth.

Su voz transmitía toda la ansiedad que Samantha sentía y aún no había expresado. No importaba cuántas veces se dijera a sí misma que estaba reaccionando de manera exagerada, no podía librarse de la sensación de que algo andaba muy mal. César rápidamente puso a Seth al corriente acerca del problema con las toallas, preocupado, y susurró: —Tal vez deberíamos informar a seguridad.

—Pero no han sido agresivos ni han dicho ni hecho nada fuera de lugar —respondió Samantha. —No puedo simplemente incluirlos en la Lista Roja porque los encuentro espeluznantes.

—Yo sí —dijo Seth—. Esa es una de las ventajas de ser gerente.

Samantha se mordió el labio inferior. Debió haber soltado un suspiro nervioso porque Seth se apresuró a añadir.

—Sammy, pidieron por ti. *Sólo por ti*. O les has brindado el mejor servicio al cliente de su vida, o están tratando de tenerte a solas. Pondré su trasero en la Lista Roja. Nadie irá a esa habitación solo. ¿Entendido?

Samantha y César aceptaron al unísono y la conversación terminó rápidamente después de eso. Una vez que ella colgó, comenzó a revisar apresuradamente la pila de papeleo restante, buscando la habitación 214.

—¿Estás segura de que no conoces a esta persona? —preguntó César.

Samantha negó con la cabeza rápidamente.

—Oye, está bien —dijo César, colocando una mano sobre su hombro. — Mira, apuesto a que bebieron un poco de más y recordaron a la linda chica de recepción. ¿Recuerdas a ese tipo hace unos meses?

—¿Ese desagradable que hizo un pedido al servicio de habitaciones solo para abrir la puerta sin pantalones? —continuó hojeando las páginas, pero ahora a un ritmo mucho más lento.

—Sí —sonrió—. Deberías haber visto su cara cuando Seth y yo subimos en lugar de Grace.

—Lo has dicho muchas veces —dijo con una pequeña sonrisa.

—Bueno, apuesto a que esta persona es exactamente igual. Alguien asqueroso que es físicamente inofensivo. Pronto perderán el conocimiento y ese será el fin del asunto.

Ella asintió, ojeando lentamente el último montón de papeles. César le pasó el brazo por los hombros y le dio un apretón tranquilizador.

—Oye, si vuelven a llamar, atiende yo. ¿De acuerdo? Te has ido a casa por el resto de la noche. Reemplazada por Donny, un fisicoculturista peludo que cree que el desodorante es un engaño de las grandes farmacéuticas.

Se le escapó una risita y él levantó los brazos en señal de victoria.

—Gracias —dijo ella mientras él bailaba alrededor, celebrando. —Es tarde. Estoy siendo paranoica.

—Este lugar puede volverte loco.

Un silencio inestable oprimió luego de que terminara la oración. Por un momento, se quedaron allí, sintiendo que los presionaba. Todo se sentía diferente de alguna manera. Más frío, incluso cuando la chimenea hacía que la habitación pareciera sofocante. Oscuro, hasta cuando las luces del techo brillaban en la madera pulida que los rodeaba. Había algo en la noche que simplemente no se sentía correcto. Ambos se estremecieron

cuando el tronco en el fuego dio un fuerte y repentino estallido. César se rio nerviosamente y se frotó la nuca.

—Necesito café. ¿Y tú? Con crema, sin azúcar, ¿verdad?

Ella asintió con la cabeza y, casi distraídamente, continuó examinando las últimas páginas. Tal vez fue su fatiga, pero casi se saltó la misma página que había estado buscando. *Habitación 214*, leyó. *Wayne Rossie*. Estudió las hojas adjuntas. Todos los huéspedes tenían que mostrar una identificación al registrarse. Normalmente, era solo para que pudieran verificar la información general con la tarjeta de crédito provista. Pero, cuando el huésped solicitó el uso de un espacio de estacionamiento, la recepción se quedó con una fotocopia.

Se quedó mirando la pequeña fotografía, tratando de recordar el momento en que sus caminos se habían cruzado. No sirvió de nada. Después de un tiempo, la procesión constante de huéspedes terminó mezclándose. Wayne no era lo suficientemente notable ni repugnante como para quedarse en su memoria. Cabello oscuro hasta los hombros, piel ligeramente bronceada, labios carnosos y ojos oscuros.

—Ah, mira, ¿es él? —preguntó César, apareciendo de repente sobre su hombro y haciéndola saltar.

—No hagas eso.

—Lo siento —le ofreció café en señal de disculpas—. ¿Pero es él? Wayne. No, no lo recuerdo. ¿Cuándo se registró?

Ella volvió a la primera página. —A las siete y media de esta noche.

—Entonces... ¿fuimos nosotros los que lo registramos?

—Supongo.

—Entonces, ¿cómo es que no está en el sistema?

Ella arqueó una ceja. —Cielos, me pregunto cuál de nosotros lo registró.

César cambió rápidamente de tema. —¿Ves? Te lo dije. Es solo un chico antisocial y solitario. No hay nada de qué preocuparse.

Ella tomó un sorbo de su bebida para evitar responder, recordando demasiado tarde que la cafetera estaba configurada para servir el líquido hirviendo. Sofocando un jadeo dolorido, se inclinó hacia delante, sin poder decidirse entre escupir el sorbo hirviendo o tragarlo rápidamente. El movimiento brusco hizo que el líquido salpicara sobre el borde del vaso y le quemara los dedos.

—Oye, ¿estás bien? —preguntó César.

—Sí —siseó ella.

—Ve a ponerlo bajo el agua. Yo me encargo.

Ella le agradeció y huyó hacia el baño más cercano mientras su mano latía de dolor. Fue solo cuando lo tuvo bajo el agua helada del grifo que se dio cuenta que había subido al segundo piso sin pensarlo, el baño público situado justo al final del pasillo desde la habitación 214.

—Estúpida.

Era una palabra que pensó que la describía con precisión, a ella misma y sus acciones en los últimos minutos. Aun así, se quedó hasta que el dolor agudo se convirtió en un entumecimiento doloroso. Tomándose un momento para arreglarse el cabello, se alisó la parte superior del uniforme y abrió la puerta del baño.

—*Samantha*. —La voz ronca le susurró al oído.

Largando un grito ahogado, se dio la vuelta y golpeó el marco de la puerta. Se frotó el hombro y miró a su alrededor, tratando de determinar de dónde provenía el sonido. El pasillo estaba vacío. El hotel, tranquilo.

—Chica estúpida —se susurró a sí misma mientras su mirada se posaba en la puerta de la habitación 214.

Un escalofrío se deslizó a lo largo de su espalda y reprimió un estremecimiento. Envolviendo sus brazos alrededor de sí misma, se dirigió a la escalera más cercana.

—*Samantha*.

Se detuvo en seco. No solo por el susurro de Wayne, sino por el chasqueo metálico que se escuchó a continuación. Giró haciendo un sonido amortiguado. La puerta de la 214 se abrió lentamente, centímetro a centímetro, revelando la oscuridad dentro de la habitación. Era imposible distinguir algo dentro de esa negrura. Incluso la luz del pasillo no podía adentrarse más de un centímetro hacia la habitación antes de detenerse, como si fuera cortada con el filo de una navaja. La voz larga y resbaladiza salió del abismo, llamándola una vez más.

Samantha se dirigió rápidamente hacia las escaleras. Bajó corriendo los escalones, sin mirar atrás hasta que estuvo en el vestíbulo y con la recepción a la vista. Caminando hacia atrás, miró hacia la parte superior de la escalera, esperando ver a Wayne siguiéndola. Él no la siguió. La escalera permaneció vacía. El mundo a su alrededor se calmó. Fue el silencio lo que la tomó por sorpresa, cuando miró hacia la recepción. De seguro César tendría más que suficiente para burlarse de ella a esta altura. Pero él no estaba allí.

Con un chisporroteo y un estallido, el pasillo frente a ella se ensombreció. Levantó la vista justo cuando el sonido llegó de nuevo. Otra bombilla se hizo añicos, permitiendo que la noche invadiera un poco más. Se estremeció cuando la bombilla se apagó. Fragmentos de vidrio se dispersaron por la parte superior de la escalera mientras la oscuridad descendía. Cayó como una cortina, gruesa y opaca, para cubrir todo el rellano. No importaba que las luces restantes aún brillaran con un resplandor casi estéril. El muro de sombras permaneció allí, desconectando el mundo mas allá de la escalera superior.

Ella huyó, incapaz de darle la espalda a la increíble vista. César todavía no había vuelto mientras ella pasaba a través de la puerta hacia la oficina de la recepción. La puerta con cierre automático hizo un chasquido y se apoyó contra ella, decidida a no ser vista desde el vestíbulo. Aun así, echó un vistazo, aliviada, al ver el brillo familiar del pulido recibidor.

Se desplomó, golpeó la parte posterior de su cabeza contra la puerta y se reprendió a sí misma por haberse sobresaltado tan fácilmente. El pico de pánico que la había impulsado a correr se debilitó, lo que le permitió a su cerebro pensar en una avalancha de excusas por lo que acababa de ver. *Necesito llamar a mantenimiento.* Pero todo el valor que había acumulado resultó ser algo frágil. No podía dejar su escondite improvisado. Así que, en lugar de ir al teléfono, decidió que su primera tarea era averiguar dónde había ido César. Un par de monitores montados en la pared mostraban la transmisión de las cámaras de seguridad; cuatro pequeñas imágenes en blanco y negro en cada pantalla. Les echó un vistazo. *No está afuera. No está en el bar tomando otro café. No está en el pasillo de abajo.* Los pulmones de Samantha se congelaron como si fueran dos bultos rígidos. El cuadrado que debería haber mostrado el pasillo de arriba estaba completamente negro.

—Por supuesto —se dijo, solo para poder escuchar una voz en el silencio—. La luz está apagada.

Su mirada se dirigió al monitor que mostraba el vestíbulo. La impenetrable oscuridad todavía se esparcía en lo alto de las escaleras. Mientras observaba, se abultaba y se propagaba. Se movía muy lentamente, renunciando a regañadientes a la figura bajo la cual había salido de sus profundidades.

La silueta de un hombre alto y delgado bajaba lentamente la escalera. Daba golpes con cada paso decidido. No tenía color. No había definición



entre piel, cabello y ropa. Solo una sombra viviente. Bajó la escalera y, por fin, se movió más allá del alcance de la cámara. Samantha miró apresuradamente hacia el siguiente monitor. La sombra estaba allí. Todavía se movía como arrastrándose. Flotando cada vez más cerca de la recepción. Lo vio cruzar el vestíbulo, intacto y sin alterarse por las luces del techo y el fuego oscilante. El silencio la apremió. La ausencia de pasos la estremecía más de lo que lo podrían haber hecho las fuertes pisadas.

—*Samantha* —susurró la acechadora voz desde el vestíbulo. —*Ven a mí.*  
Se tapó la boca con la mano para guardar silencio.

La voz adquirió un tono más filoso. —*Samantha. Ven aquí.*

Mirando el monitor, viendo la forma oscura parada en frente del mostrador, sujetó la puerta con su mano libre. Sus músculos temblaron cuando la adrenalina inundó sus venas. El sudor frío resbalaba por sus palmas, pero se prometió a sí misma que, si él tocaba el escritorio, correría. *¡Hacia el bar! La gente todavía está en el bar.* Parecía a un millón de kilómetros de distancia.

—*¡Samantha!* —tronó la voz, sacudiendo los artículos esparcidos por su escritorio. Su bolígrafo rodó de su cuaderno para golpear contra el suelo. —*Habitación 214! ¡Ven ahora!*

La voz la cortó como una navaja. Junto al monitor, observó la figura presionar contra el mostrador, atravesándolo. Una nueva ola de terror la inundó cuando la voz silbante se convirtió en un ronroneo distorsionado.

—*Te estoy esperando, Samantha. Siempre estaré esperando.*

La puerta se cerró de golpe contra su espalda, arrojándola sobre la delgada alfombra de la oficina interna. Ella gritó, alejándose, insegura de dónde ir a esconderse.

—*¿Samantha?* —César se agachó a su lado, agarrándola por los hombros, sus ojos estupefactos luchando por coincidir con su mirada dispersa—. Sammy, soy yo. Estás bien.

Ella se estremeció cuando el sonido volvió al mundo. Un caudal de gente se movía por el vestíbulo, el movimiento marcado por repetidas ráfagas de luces rojas y azules. Algo golpeó contra el mostrador y ella gritó.

—*Está bien* —aseguró César rápidamente.

Tras unos parpadeos rápidos la figura oscura que temía se convirtió en un policía uniformado. *Son todos policías.*

—*¿Qué está pasando?* —preguntó ella.

—¿Dónde has estado? —preguntó César—. Me asustaste muchísimo cuando no pude encontrarte.

—Subí las escaleras. Fui al baño. ¿Dónde estabas? ¿Qué está pasando?

—¿Está bien? —preguntó el oficial.

—Creo que sí —dijo César.

—Señora, ¿tuvo una interacción con Wayne Rossie? —preguntó el oficial.

—Ella estaba aquí cuando lo registré —respondió César mientras Samantha se tranquilizaba.

—También me pidió que le llevara algunas toallas.

—Es una suerte que no lo haya hecho —dijo otro oficial mientras se acercaba a su compañero de trabajo. El policía bajó la voz hasta que se convirtieron en susurros, dándoles tiempo para que César ayudara a Samantha a ponerse de pie.

—Están buscando a Wayne —le dijo César apresuradamente—. Vinieron justo después de que te fueras. ¿Por qué no fuiste al baño de abajo?

Ella lo miró atónita. —¿Por qué lo están buscando?

César miró al oficial, que ahora los llamaba. —Probablemente sea mejor que él te lo explique.

Samantha no sintió los pasos que tuvo que dar para encontrarse con el hombre en el escritorio. El hombre hizo una serie de simples preguntas. Las conocidas respuestas no requerían ningún aporte de su cerebro para salir de su boca. La dejó a la deriva a la vez que el oficial divulgó información cuidadosamente seleccionada.

—Se busca a Wayne Rossie en relación con una serie de asesinatos. Su modus operandi es registrarse en hoteles con un nombre falso. Luego llama a la recepción con una solicitud para atraer a alguien a su habitación.

El cerebro de Samantha se puso en movimiento para completar lo que el hombre había olvidado decir.

—¿Tenía la intención de matarme?

—Pero él se registró bajo su verdadero nombre —dijo César.

El oficial asintió con la cabeza: —Lo estábamos rodeando. Sospecho que esta hubiera sido su última actuación, por así decirlo. —Conteniéndose, se aclaró la garganta y volvió a los hechos. —Eres muy

afortunada. Sospechamos que tuvo un derrame cerebral justo después de llamarte.

—¡Pero volvió a llamar! Habló con César. Con Seth —continuó mientras César le explicaba quién era Seth—. Él me siguió hasta aquí.

—Señora, los primeros análisis estiman que ha estado muerto durante horas.

Samantha se balanceó sobre los pies, solo manteniéndose erguida cuando César la atrapó. *Te estoy esperando. Siempre te estaré esperando.* Levantó la cabeza para mirar a los ojos de su amigo.

—Renuncio.

\* \* \*

# ¡Historias extra GRATIS!

¡Vaya, esperamos que hayas disfrutado este libro tanto como nosotros al escribirlo! Si te gustó el libro, por favor deja un [comentario](#). ¡Tus comentarios nos inspiran a seguir escribiendo sobre el mundo de horrores espeluznantes e incalculables!

¡No olvides descargar tus historias extra gratis! Regístrate en la lista de correo a continuación para descargar tus historias de terror completas, obtener relatos cortos gratis y recibir futuros descuentos: [www.ScareStreet.com/regalo](http://www.ScareStreet.com/regalo)